

cruzada, fueron los primeros en reconocer la nueva dominación de su jefe. “Y yo hice construir, dice el señor de Joinville, un altar en honor de Dios y de monseñor San Luis.”

La muerte de San Luis, tan tierna, tan virtuosa y tan tranquila, con que se termina la historia de Cartago, parece ser un sacrificio de paz ofrecido en expiación de los furros, las pasiones y los crímenes de que por tanto tiempo fué teatro aquella ciudad infortunada. Nada tengo ya que decir á mis lectores; tiempo es de que regresen conmigo á nuestra comun patria.

Dejé á Mr. de Voise, que tan generosamente me habia hospedado, y me embarqué en la escuna americana, en que, como ya he dicho, me habia proporcionado un pasaje Mr. Lear. Zarpamos de la Goleta el lunes 9 de Marzo de 1807, y dimos la vela para España. En Argel recibimos algunas órdenes de una fragata americana, que estaba en aquella rada; pero yo no salté á tierra. Argel está situada en una posición deliciosa sobre una costa, que recuerda la hermosa colina del Posilipo. Descubrimos la costa de España el día 19 á las siete de la mañana, cerca del Cabo de Gata, que está á un extremo del reino de Granada. Seguimos la costa, pasamos por en frente de Málaga, y en fin, el Viernes Santo, 27 de Marzo, fondeamos en la bahía de Gibraltar.

El lunes de Pascua salté en tierra en Algeciras, y el 4 de Abril partí para Cádiz, adonde llegué dos días despues, y fuí recibido con la mayor atención por el cónsul y vicecónsul de Francia Mrs. Leroy y Canclaux. De Cádiz pasé á Córdoba, y admire la mezquita, que es hoy la catedral de aquella ciudad. Recorrí la antigua Bética, donde los poetas colocaron la felicidad. Luego subí hasta Andú-

jar, y volví atrás para ver á Granada, en donde visité la Alhambra, que me pareció digna de ser observada, aun despues de haber visto los templos de la Grecia. La vega de Granada es deliciosa, y se parece mucho á la de Esparta: no es estraño que los moros lloren aún la pérdida de semejante país.

Desde Granada me dirgí á Aranjuez, en cuyo tránsito atravesé la patria del ilustre caballero de la Mancha, á quien tengo por el mas noble, el mas valiente, el mas amable y el menos loco de los mortales. Ví el Tajo en Aranjuez, y llegué á Madrid el 21 de Abril.

Hallábase de embajador de Francia de la corte de España, Mr. Beauharnois, el cual me prodigó toda suerte de atenciones: habia conocido en otro tiempo á mi desgraciado hermano, muerto en el cadalso en compañía de su ilustre abuelo.¹ Dejé á Madrid el 24, y pasé al Escorial, monasterio edificado por Felipe II en las desiertas montañas de Castilla la Vieja. Todos los años viene la corte á pasar una temporada en este monasterio, como para dar á unos solitarios muertos al mundo, el espectáculo de todas las pasiones. Allí se encuentra tambien la capilla fúnebre en donde los reyes de España son sepultados en unos sepulcros iguales, colocados á manera de escalones: de modo que todo aquel polvo está rotulado y puesto en orden como las curiosidades de un museo. Hay algunos sepulcros vacíos para los soberanos que todavía no han descendido á aquel sitio.

Dei Escorial tomé el camino de Segovia, para ver el acueducto de esta ciudad, que es una de las mayores obras de los romanos; pero debemos dejar que Mr. de la Borde nos

¹ Mr. de Malesherbes.

describa estos monumentos en su bello *Viaje*. La soberbia catedral gótica de Burgos me anunció la proximidad de mi país, y no me olvidé de las cenizas del Cid:

Rodrigo sobre todo en su semblante
De un valiente la imágen representa,
Su cuna es tan fecunda en paladines,
Que entre laurcs se mece que la cercan.
..... El á Jimena amó.

En Miranda saludé al Ebro, que vió el primer paso de aquel Anibal, cuyas huellas habia yo seguido tanto tiempo.

Atravesé Vitoria y las deliciosas montañas de Vizcaya, y el 3 de Mayo puse el pié en el territorio francés: llegué á Bayona el 5 despues de haber dado la vuelta entera al Mediterráneo, y visitado á Esparta, Atenas, Esmirna, Constantinopla, Rhodas, Jerusalem, Alejandría, el Cairo, Cartago, Córdoba, Granada y Madrid.

Cuando los antiguos peregrinos habian cumplido el viaje á la Tierra Santa, dejaban su bordon en Jerusalem, y tomaban para volver un baston de palmera; pero yo no he traído á mi país semejante símbolo de gloria; porque no doy á mis últimos trabajos una importancia que no merecen. Hace veinte años que me he consagrado al estudio, arrojando toda clase de peligros y disgustos, *diversa exilia et desertas quærere terras*; muchísimas páginas de mis libros han sido escritas bajo las tiendas, en los desiertos, en medio de las aguas: muchas veces he tomado la pluma en ocasion en que no sabia cómo habia de prolongar algunos instantes mi existencia; mas estos son títulos de indul-

gencia, y no de gloria. Despedíme de las musas en los Mártires, y despídome de nuevo en estas Memorias, que no son mas que la prosecucion ó el comentario de aquella obra. Si el cielo me concede un reposo, de que no he gozado jamás, procuraré en silencio elevar un monumento á mi patria; mas si la Providencia me niega este reposo, solo debo pensar en poner mis últimos dias á cubierto de los cuidados que emponzoñaron los primeros. Ya no soy jóven ni me deslumbra el aura popular; porque sé que las letras, cuyo comercio es tan apacible cuando secreto, no nos atraen de fuera sino tempestades: de todos modos bastante he escrito ya si mi nombre ha de sobrevivirme, y demasiado si ha de morir conmigo.

FIN DEL ITINERARIO.